

Semblanza de Ángel Guinda: “Huellas en la arena”

Manuel Neila

Los aforistas de vertiente estética o literaria tienen el arte como objeto, el ingenio como medio y la belleza como finalidad. En cualquier caso, proceden de manera intuitiva, buscando ante todo el placer estético, conforme al modelo de la inteligencia creadora. Friedrich Nietzsche definió esa actitud de manera precisa: “¡El arte y sólo el arte! Es lo que nos permite vivir, nos persuade de vivir, nos estimula a vivir. El arte *tiene más valor* que la verdad... El arte al servicio de la ilusión: ése es nuestro culto”. Las limitaciones de esa actitud son evidentes, a poco que reparemos en sus efectos, sobre todo cuando se convierte en una práctica exclusivista, al margen de la lógica, la ética y la realidad. Que la agudeza y el arte de ingenio son provechosos nadie lo duda, pero cualquier individuo que sólo aspire a ser ingenioso puede resultar bastante mediocre. El culto a la belleza es poquita cosa si no va acompañado de la lucidez intelectual y la honestidad propia.

Conocido ante todo como poeta, Ángel Guinda (Zaragoza, 1948) es uno de esos autores para los que la escritura aforística y la escritura poética manan de las mismas fuentes de la poesía. Su obra propiamente aforística, a la que convendría el conocido lema “menos es más” por su brevedad, consta de tres cuadernos: *Breviario* (1992), *Máximas mínimas* (1994) y *Huellas* (1998); a los que cabe añadir la colección *Todos los días del mundo. Minimal love poems* (2002), cuyos textos participan del aforismo y del poema, y muy principalmente *Libro de huellas* (2014), en el que destila toda su producción aforística. Como Antonio Porchia, José Bergamín o René Char, por quienes siente un respeto y una admiración indeclinables, cultiva un tipo de aforismo *sui generis*: un aforismo poético en el que el pensamiento se echa a reír, sin menoscabo de su gravedad, y el sentimiento rompe a llorar, sin menosprecio de su levedad.

Consciente de que sus aforismos se hallan a medio camino entre los dichos sentenciosos y los escritos fragmentarios, Ángel Guinda opta por llamarlos “huellas”, aludiendo de esta manera a los vestigios y las impresiones que, a lo largo de su cotidiano vivir, le depara el hermoso y áspero mundo de la vida. Como los dichos proverbiales, los aforismos del poeta se presentan ahora bajo una forma breve, condensada y cerrada, de modo que cada pensamiento posee relativa autonomía; a diferencia de aquéllos, no tienen carácter normativo, doctrinario, sino cuestionador de nuestras creencias. Como los escritos fragmentarios, abordan cuestiones de tipo cognoscitivo, moral y literario; a

diferencia de los mismos, cuya forma se muestra constitutivamente incompleta, se presentan bajo una forma cerrada, con pretensión de validez por sí misma.

A pesar de la extrema brevedad, o tal vez por eso, el contenido de los cuadernos que Ángel Guinda ha publicado hasta el momento es variadísimo. Abarca desde los detalles más humildes (la lluvia, los árboles, una flor), hasta los pensamientos más severos, pasando por la referencia al propio acto de escribir (“Escribir es reconocerse en lo desconocido”). Todos estos detalles, pensamientos y reflexiones pivotan en torno a determinados temas esenciales, que dejan entrever ciertas preocupaciones constantes. Entre los primeros sobresalen la meditación, el amor y la poesía; el tiempo, la memoria y, sobre todo, la presencia ominosa de la muerte. Todo lo cual responde, por supuesto, a unas motivaciones que resulta fácil compartir, tales como la dignidad del pensamiento, la necesidad de la poesía y la crítica de los lugares comunes.

La mayor parte de estos aforismos o de estas “huellas” son notas breves o, para decirlo con palabras de Cioran, “pensamientos estrangulados”; notas de este o parecido cariz: “Escribir como se vive”, “Las identidades cerradas son cerriles” o “El tiempo nunca duerme”. Algunos se presentan bajo una relación de equivalencia comparativa o de identidad: “Hay un dolor mayor que morir: ver morir”, o “El aforismo es una gota de la destilación del pensamiento”. Otras veces adoptan la forma de la frase exhortativa: “No te esfuerces en condenar a nadie, ya que todos estamos condenados”. En cualquiera de los casos, quien habla aquí no es la voz oracular de los moralistas clásicos; quien se pronuncia aquí es un sujeto particular que no rehúsa la confesión: “Miro mis ojos en la oscuridad y sólo veo un bracear de náufragos clamando al sol”.

En muchas ocasiones, precisamente aquellas en que pierden el carácter eventual de la nota para adquirir la rotundidad permanente de la máxima, los aforismos de Ángel Guinda presentan una forma de expresión ingeniosa: “El amor no muere, mueren los amores” o “Nadie abandona la vida, la vida nos abandona”. Por medio de la antítesis y la repetición, dos de los procedimientos que suele adoptar la agudeza, el pensamiento alcanza aquí su mayor grado de expresividad. Pero la intencionalidad estética no disminuye en ninguno de los casos el agudo sentido cognitivo y el alto sentido moral que el autor reclama para su pensamiento: el pensamiento de un hombre escindido entre la aspiración al ideal y la incapacidad de alcanzarlo. Pues como sabemos desde la respuesta de la Esfinge, tras lo lúdico siempre aguarda lo agónico.